

Frontera de Venezuela y Colombia

«Jamás pensé que sería un refugiado, los venezolanos no emigramos»

► El paso fronterizo de Cúcuta se ha convertido en un cotidiano escenario de dramas y penurias de quienes huyen del régimen de miseria de Maduro

POLY MARTÍNEZ
ENVIADA ESPECIAL
A CÚCUTA



Silencio. Casi todos pasan la frontera en silencio, caminando con un racimo de bolsos encima y empujando una maleta llena de pasado. Lo que si se oye son las ruedas de las maletas sobre el cemento del puente, apuradas por terminar de pasar. Nadie empuja, a pesar de la impaciencia. Es fácil distinguir a los que cruzan para quedarse. Vienen cargados, el pasaporte en la boca y en la mano libre, la Tarjeta de Movilidad Fronteriza (TMF). Todos cargan algo y miran hacia delante tratando de adivinar qué les depara el camino. Es un momento difícil, muy duro, que se vive en silencio.

El paso fronterizo es lento por el volumen de gente, pero no es complicado. Las autoridades colombianas también guardan silencio, atentas a atajar a quienes entran por el día con carne, limones o aguacates camuflados en el morral, ese pequeño contrabando que trae riesgos fitosanitarios, además del desorden de vendedores que se ve en las esquinas de Cúcuta, la ciudad más afectada por la llegada masiva de venezolanos a territorio colombiano.

¿Cuántos se han quedado en Colombia? Nadie lo sabe. Carlos Luna, director de la Cámara de Comercio de Cúcuta, calcula que habrá en Colombia unos tres millones de venezolanos, sumadas las diferentes olas de migración de los últimos 10 años, las dos primeras de ejecutivos del petróleo, del sector inmobiliario y profesionales. «Y ahora, en el último año, la población con menos recursos y educación, pero con más problemas», afirma Luna, e insiste en que la situación merece una política de fronteras consistente, sin oportunismos electorales porque «esto desbordó a Colombia; ningún país está

preparado para semejante situación». Recientes informes oficiales hablan de 37.000 venezolanos que cruzan la frontera cada día para conseguir comida, medicinas o un trabajo informal para reunir algo de dinero y regresar. De esos, unos 2.000 se quedan en el país. En Cúcuta están entre 15 y 18 días para reunir el dinero del billete a otro destino, aunque muchos prefieren ahorrárselo y cruzar a pie el páramo de Berlín (a 3.200 metros sobre el nivel del mar para ir a Bucaramanga. Es la nueva gesta bolivariana.

Pasado el puente todo vuelve a ser ruido y desorden. Familias desorientadas tratan de entender adónde ir; otros buscan sombra para descargar. Sin información ni quién los guíe, se ven acosados por autobuses, vendedores de tarjetas SIM, pasajes a Cúcuta, Guayaquil, Lima o Bogotá. Todo se convierte en una plaza de mercado improvisada, agobiada por el calor y rodeada de una mezcla de tristeza y esperanza. Esta es La Parada donde todo termina y vuelve a empezar.

«Se compra pelo... se compra pelo», grita un joven venezolano mientras se acerca a las mujeres que llegan con su melena escurrida después de horas de viaje. Este es un lucrativo negocio con el que muchas consiguen dinero para vivir unos días; las melenas de pelo sano, sin teñir y largos son oro para los fabricantes de extensiones, esos postizos por los que en Colombia o Europa pagan una fortuna. Pero aquí no hay tiempo para la vanidad: son

Unos 37.000 cruzan cada día

Cada día cruzan la frontera unos 37.000 venezolanos; muchos buscan comida, medicinas o un trabajo eventual; de ellos unos 2.000 ya no regresan a su país

«Se compra pelo»

Por una hermosa coleta de pelo largo y sano para los fabricantes de extensiones apenas se paga unos 150.000 pesos (cuarenta euros)



Una multitud de venezolanos intenta entrar en Colombia a través de un puesto fronterizo

150.000 pesos (40 euros) por una buena coleta.

Cortar con el pasado no es fácil. Otros prefieren ir hasta el local de compraventa de joyas a ver qué logran. José Alvarado, venezolano de Maracay instalado en Colombia desde hace dos años, sabe cuánto les cuesta. «Aquí muchos lloran cuando venden sus prendas», dice mientras limpia una argolla sobre una mesa con lupas, disolventes y lijas para comprobar la calidad de lo que tiene en sus manos. Es rápido con la calculadora, pero la mujer se toma un tiempo antes de decidir. Finalmente acepta 100.000 pesos

por su anillo de oro salpicado de piedras semipreciosas, 30 euros en total. Afuera, detrás de la puerta blindada, otros esperan para poder entrar.

Atrapados en la ciudad

Los que se quedan en Cúcuta aprenden rápidamente el coste de la vida. Si van de paso, hay albergues para 48 horas, con cama limpia, baño y comida, como el Centro Transitorio que administra la Cruz Roja. Pero otros quedan atrapados en la ciudad: 1.000 pesos por una ducha, otros 10.000 por noche en habitación compartida con tres personas más. Por eso se instalan en plazas y parques, generando rechazo y sensación de inseguridad.

El padre José David Caña conoce bien las necesidades de los que llegan a Cúcuta. Hace un año, «a lo gamin, sin pedir permisos», dice riendo, abrió el albergue Divina Providencia, famoso por dar desayuno y almuerzo a los venezolanos. El día en que sirvió 3.000 raciones en una sola jornada entendió que la crisis en la frontera estaba desbordada y tomó la decisión de poner orden en la casa. Hoy atiende priori-

tariamente a mil personas, entre niños, mujeres embarazadas y ancianos.

«Tres millones de pesos (840 euros) al día nos cuestan los mil almuerzos que servimos y el pan con café o chocolate que damos de desayuno», dice el padre Caña, acompañado por su amigo Timoteo, patriarca de la Iglesia Ortodoxa. Caritas dona 200 platos y el resto es un milagro diario aquí y en otras parroquias más pequeñas. «Si sumáramos todo -calcula Timoteo- las iglesias estamos alimentando aquí a unos 6.000 venezolanos».

¿Y qué pide la Divina Providencia? «Alguien que construya 10 baños completos para que puedan ducharse, hacer de cuerpo y guardar su dignidad», dice el padre Caña. Mano de obra sobra, empujando por la de los venezolanos que rondan la casa. «Voy para Chile, pero estos días puedo ayudar», dice Danny Márquez mientras termina su plato de pasta con pollo. Este millenial venezolano hace un alto y sentencia: «Los venezolanos no estamos acostumbrados a emigrar, queremos a nuestro país. ¡Pero mírenme aquí! Jamás pensé en ser un refugiado».

Vidas de renuncia

POR POLY MARTÍNEZ



FOTOS: P. MARTÍNEZ

Las joyas de familia

José Alvarado, venezolano de Maracay, pasa el día en su oficina-caja fuerte, a unos 300 metros del puente internacional. Compra oro, plata, relojes y diamantes. Lleva una lupa colgada de su gorra, guantes quirúrgicos y un cepillo de dientes para limpiar todo lo que pase por sus manos. ¿Lo más triste que ha visto? «Llegó una pareja con 40 años de casados; se quitaron los anillos para venderlos y lloraban mucho. No hay alternativa: sin dinero, con hambre, desempleados. Se llevaron unos pesos y el dolor de vender sus cosas».

«Me pesa haber dejado a mi bebé, pero dormiría en la calle»

«¿Cómo decidiste qué traer en la maleta?», le pregunté. Rosalí Sánchez, una niña muy viva de 12 años, procedente de Maracay (a 737 kilómetros de Cúcuta), me mira y responde: «Traje la ropa que más me gusta». ¿Y ni una muñeca? «No. Tenía que elegir y preferí mi ropa». La madre, Reina Jácome, contable, dice que van a Bucaramanga, a 195 kilómetros más de camino, donde le espera el trabajo que le consiguió un pariente colombiano. Pero no tienen dónde alojarse: en cuanto saben que son venezolanos, les niegan una habitación. «Tengo un bebé. Lloro y me pesa no haberlo traído, pero estaría durmiendo en la calle, expuesto y sin saber dónde bañarlo... Lo dejé con la abuela. Trato de enviarle 40.000 pesos semanales (12 euros). Rosalí me mira en silencio. ¿Qué te gustaría hacer cuando llegues? «Ir a la escuela», sonríe.



«Trabajo de cualquier cosa, menos de prostituta»

«Muy corto», dice Adrián Rincón mientras mide la longitud de su pelo. Karelis Nieves (en la imagen) agarra su melena y se va: no le alcanza para vender mechones. Tiene 23 años, lleva un mes en Cúcuta y su puesto de arepas que no da para enviar 15 euros a la hija que dejó en Maracay. «No sé qué hacer. Necesito tener el pelo más largo; trabajo de cualquier cosa, menos de prostituta». Quiere ahorrar para regresar, pero tampoco sabe para qué. «El gobierno tomó el supermercado donde trabajaba. Y todo lo que se toma, lo destruye».



«No sé si volveré a ver a mis padres»

«Ya no teníamos amigos. Todos se fueron», dice Danny Márquez (31 años, a la izquierda). «Es la primera vez en mi vida que piso un refugio, pero lo peor ya pasó: 12 horas en autobús desde Barquisimeto y las requisas de la Guardia Nacional, que si le gusta algo, te lo quita», asegura. Profesionales, solteros, ligeros de equipaje. El dinero extra, escondido en el cinturón; la nostalgia es visible en los ojos. «Lloré, mi madre lloró; dos años diciendo "no me voy", pero ya es imposible», dice Eneido Márquez (33 años). Y hace cuentas: «Chile es la mejor opción, 300 dólares en billetes y pasaporte en regla. Pero soy hijo único y no sé si volveré a ver a mis padres».

